AGUR SHERLOCK HOLMES

Iñaki Larrimbe



ZAS ARGITALETXEA

Agur, Sherlock Holmes

Iñaki Larrimbe

Capítulos 1, 2 y 3

Esta muestra procede de una maqueta de trabajo.

La cubierta, las ilustraciones y la maquetación que aparecen en esta muestra son provisionales y no representan el acabado de la edición definitiva.

Se conservan el texto y la numeración de las páginas del documento de origen.



1

Lo encontré detrás de la casa, inclinado sobre una colmena y vestido de una manera que habría provocado un síncope a cualquier cliente que hubiera acudido a Baker Street esperando encontrar al célebre detective de las revistas. Llevaba unos pantalones viejos, una camisa sin cuello y una chaqueta cuyo color original ya pertenecía a la arqueología textil. El sombrero tampoco ayudaba. Durante unos segundos pensé que los años habían conseguido por fin convertir a Sherlock Holmes en un campesino inglés; al reconocerme, sin embargo, se enderezó a medias y sonrió. Lo saludé por su nombre y le tendí la mano. Me la estrechó sin prisa, recorrió mi figura de arriba abajo y dictaminó que yo había engordado.

—Dos libras, quizá tres —precisó—. Ha desayunado en Lewes y se ha encontrado allí con un antiguo paciente que lo ha reconocido antes de que usted consiguiera recordar su nombre. También tiene menos pelo y ha aumentado la graduación de sus gafas, pero no quisiera abrumarlo con todas las novedades a la vez.

Le respondí que yo también me alegraba de verlo y me examiné rápidamente las mangas, las solapas y el borde de los bolsillos. Solo al bajar la vista descubrí dos partículas de azúcar teñidas de canela adheridas a mi chaqueta, justo a la altura del vientre, y comprendí que el ligero olor a café y achicoria de mi aliento habría aportado el resto.

Holmes siguió mi examen con una satisfacción que no se molestó en ocultar.

—Ya le advertí sobre esas pastas el viernes 3 de octubre de 1919, a las nueve y diecisiete de la mañana. Nos atendió Alfred Pritchard y el termómetro del andén marcaba cuarenta y siete grados Fahrenheit.

—Mi querido Holmes, ¿también recuerda la temperatura?

—Usted se quejó de ella durante todo el desayuno.

Aquel miércoles 3 de octubre de 1923 se cumplían exactamente cuatro años. Yo no recordaba a Pritchard, la hora ni mi protesta contra el clima, pero las pastas deplorables de aquel establecimiento parecían haber causado en la memoria de Holmes una impresión mucho más duradera que en la mía.

Me admiraba la deducción, pero también aquella vista capaz de distinguir lo que yo llevaba encima sin advertirlo, y el olfato que había reconocido mi desayuno al escucharme saludar. Para leer la letra pequeña, ni siquiera mis gafas me dispensaban ya de buscar la luz de una ventana; él acababa de examinarme entre la sombra del sombrero y el ir y venir de las abejas. No encontré, en cambio, ninguna pista que explicara cómo había sabido lo de mi antiguo paciente, pero no pensaba darle el gusto de preguntárselo. Después de tantos años, manifestar curiosidad ante una deducción de Holmes solo servía para obtener una explicación más larga y concederle una satisfacción que ya no necesitaba.

Sherlock se incorporó del todo y entonces advertí que durante un instante había apoyado una mano sobre la rodilla. Lo hizo con suficiente naturalidad como para engañar a cualquiera que no hubiera pasado media vida observándolo. Yo sí lo había hecho, pero no dije nada. Holmes podía soportar mucho mejor el dolor que la compasión.

Caminamos hacia la casa. Había algo extraño en verlo avanzar entre árboles frutales y colmenas después de haberlo seguido tantos años por calles donde solían esperarnos cadáveres,

policías nerviosos y caballeros respetables con secretos bastante menos respetables. Su paso era algo más lento, aunque la cabeza continuaba moviéndose con aquella rapidez que hacía sentir a cualquiera que estuviera cerca sometido a examen. Sin volverse, apartó una rama baja para que yo pasara. Me descubrí ajustando mi paso al suyo, con la familiaridad de otros tiempos, mientras la grava crujía bajo nuestros zapatos.

Le pregunté por la rodilla. Holmes respondió que seguía donde siempre. Cuando aclaré que me refería al dolor, dijo que él también.

No insistí. Durante años había intentado ejercer de médico con Holmes y durante años Holmes había considerado aquello una afición mía bastante molesta. El reumatismo había conseguido al menos lo que no habíamos logrado ni yo ni varios especialistas de Londres: obligarlo a reconocer que poseía un cuerpo. No estaba seguro de que lo hubiera perdonado.

Dentro, la casa conservaba ese orden particular que Holmes denominaba sistema y cualquier otra persona habría llamado acumulación. Había libros abiertos sobre otros libros, periódicos de varias semanas, revistas científicas, instrumentos que no reconocí y una lupa junto a un plato donde alguien había dejado media tostada. El violín estaba guardado. Eso me sorprendió. En Baker Street formaba parte del mobiliario del mismo modo que la chimenea o mi paciencia, pero allí parecía haberse retirado también él. Sobre una mesa junto a la ventana encontré cuatro cartas, cuidadosamente apartadas de una pila considerable de correspondencia relacionada con apicultura.

—Veo que el crimen británico continúa confiando en usted.

Holmes siguió mi mirada y se sentó. Me explicó que una asociación de Kent quería que interviniera en una disputa sobre una variedad de abeja, un caballero norteamericano solicitaba una fotografía firmada y un hombre de Birmingham afirmaba que su vecino envenenaba el pozo. Esa última carta todavía no la había abierto.

—Una mañana intensa.

—Anteayer llegaron dos.

Leyó la carta de Birmingham, la dejó a un lado y concluyó que el vecino no estaba envenenando el pozo, sino que el remitente bebía demasiado.

—Una intranquilidad más habitual —dije.

Holmes me miró con cierta aprobación. Siempre agradeció que yo aprendiera algo, aunque fueran necesarias varias décadas para conseguirlo.

Me preguntó después por Londres, por algunos conocidos comunes y por un inspector de Scotland Yard cuyo nombre no oía desde hacía años. Cuando le dije que había muerto, guardó silencio unos segundos, con los ojos en la carta de Birmingham. A nuestra edad las conversaciones empezaban a llenarse de esas pequeñas cancelaciones. Uno mencionaba a alguien y el otro contestaba que ya no estaba. Después se hablaba de otra cosa porque, de seguir insistiendo, habría llegado un momento en que no quedaría nadie de quien hablar.

Habían pasado seis largos meses desde mi última visita y quizá por eso percibí con mayor claridad algo que habría resultado más difícil advertir viéndolo cada semana. Lo inquietante era encontrarlo tan bien. No había perdido su inteligencia, ni su memoria, ni aquella capacidad insoportable para convertir una mancha en una biografía. Seguía disponiendo de una de las mejores cabezas que he conocido y ahora la utilizaba para establecer si yo había desayunado en Lewes o si un apicultor de Kent confundía una enfermedad de sus colmenas con la mala fe del vecino. No pregunté si se aburría; seguía mirando las cuatro cartas, separadas de las demás con un cuidado que me quitó las ganas de bromear.

Fue él quien quiso saber si yo seguía escribiendo. Le respondí que cuando me dejaban.

—Siempre lo dejan.

—No todo el mundo dispone de abejas para impedirlo.

Holmes sugirió que podía conseguir unas.

—Prefiero los editores. Pican menos y mueren antes.

Sonrió. Fue entonces cuando oímos las ruedas de una bicicleta sobre la grava. Holmes volvió la cabeza hacia la ventana y dijo que era Telégrafos. Me acerqué y vi a un muchacho uniformado apoyando la bicicleta junto a la verja.

—Lleva escrito Telégrafos en la gorra —dije—. Espero que no pretenda incluirlo entre sus deducciones.

—Mi querido Watson, una de las ventajas de la vejez consiste en que ya no siento obligación alguna de impresionarlo.

—Nunca la sintió.

—Eso explica nuestro éxito.

El muchacho llamó a la puerta y preguntó por el señor Sherlock Holmes de una manera que me hizo pensar que el nombre le resultaba más familiar que la posibilidad de encontrar a su propietario todavía en condiciones de firmar un recibo. Holmes cogió el sobre amarillo, comprobó el origen antes de abrirlo y frunció ligeramente el ceño.

—Vitoria.

Creí haber oído Victoria. Holmes corrigió mi geografía con dos palabras: Vitoria, sin c, España. Le pregunté si había estado allí. Nunca había pisado la ciudad, pero conocía su nombre desde mucho antes de que yo empezara a publicar nuestras aventuras. Años atrás habían aparecido varias mujeres asesinadas en los caminos de sus alrededores; algunas estaban mutiladas, y al culpable le habían dado un apodo más fácil de recordar que su nombre: el Sacamantecas. Se llamaba Juan Díaz de Garayo. Lo detuvo un alguacil, Pío Fernández de Pinedo, con quien Holmes se había carteado durante las pesquisas. Supuse que Pinedo le habría pedido consejo y se lo dije. Mi amigo volvió el sobre entre los dedos antes de responder.

—Le escribí yo, Watson. Había leído una noticia sobre aquellos crímenes y quería saber más.

Le pregunté en qué lengua se habían escrito aquellas cartas. Holmes contestó que en castellano y debí de mirarlo con tanta sorpresa que sonrió.

—Santo cielo, Holmes. ¿Usted sabe castellano?

—Para leerlo y escribirlo con soltura. La historia es algo larga, Watson. Ya se la contaré.

Rasgó el sobre y leyó el mensaje, escrito en inglés. A lo largo de los años había visto a Holmes recibir amenazas de muerte con menos interés del que dedicaba a una partitura y noticias de asesinatos con una satisfacción que, en cualquier otro hombre, habría considerado preocupante. Esta vez no ocurrió nada tan visible. Simplemente terminó de leer y empezó otra vez desde el principio. Después me tendió el telegrama.

SEÑOR HOLMES. MI MADRE ÉLISE MOREL HA MUERTO. DICEN QUE SE SUICIDÓ. YO SÉ QUE LA MATARON. JULIÁN ARREGUI MIENTE. TENGO 12 AÑOS Y NADIE ME CREE. SI USTED SIGUE VIVO, VENGA. LUCIE MOREL. VITORIA.

Lo leí dos veces. La segunda no mejoró la primera. No era la primera vez que alguien daba por muerto a Sherlock Holmes; yo

mismo lo había hecho, con pruebas que entonces me parecieron suficientes y un dolor que no me dejó ánimo para ponerlas en duda. Desde su regreso había aprendido a desconfiar de cualquier noticia relacionada con su muerte, pero encontrar aquella incertidumbre en el telegrama de una niña me produjo una impresión extraña. Doce años era una edad absurda para quedarse sola y una edad todavía más absurda para tener que convencer a los adultos de que la muerte de una madre no había ocurrido como ellos decían. Pregunté a Holmes qué pensaba. Él recuperó el telegrama y lo dejó sobre la mesa, alisándolo con dos dedos.

—¡Una niña con nombre francés escribe desde España, en inglés, a Sherlock Holmes! —exclamó—. Reconozca que no es una presentación corriente, Watson.

—Me refería a lo que dice de su madre.

Holmes bajó de nuevo la vista hacia el telegrama y su entusiasmo cedió ante una expresión más cautelosa.

—Probablemente se equivoca.

No esperaba aquello. Holmes explicó que una niña que acababa de perder a su madre podía rechazar con toda naturalidad la idea de que se hubiera suicidado, y que esa reacción era bastante más probable que la posibilidad de haber descubierto un asesinato que nadie más había advertido.

—Pero dice que lo sabe.

—Todos sabemos muchas cosas a los doce años, Watson. Después dedicamos buena parte de la vida a descubrir que eran falsas.

Su respuesta era razonable, lo que aumentó mi irritación. Le recordé que estaba sola.

—Eso me preocupa más.

Holmes volvió a leer el mensaje. Esta vez se detuvo en la última frase. Yo también. «Si usted sigue vivo». Confieso que me había molestado desde el primer momento. Había algo brutalmente infantil en formular una pregunta que los adultos habríamos rodeado de cortesía, eufemismos y quizá una consulta discreta al registro correspondiente. Holmes, sin embargo, parecía divertido.

Le pregunté si le hacía gracia. Contestó que un poco, no porque la niña hubiera quedado huérfana, sino porque hubiera considerado necesario comprobar previamente si él podía

acudir. Cuando observé que Lucie no sabía quién era, Holmes negó con la cabeza.

—Al contrario. Sabe perfectamente quién soy. Lo que ignora es si sigo disponible.

Aquella palabra me pareció extraña y creo que él mismo se dio cuenta. No dijo retirado, ni viejo, ni vivo siquiera. Disponible. Como si el problema consistiera únicamente en que un instrumento continuara funcionando después de haber sido guardado demasiado tiempo en un cajón.

Le pregunté qué pensaba hacer. Holmes respondió que nada de momento y acto seguido fue hasta una estantería, buscó un atlas, encontró España y recorrió con el dedo el norte de la península hasta localizar Vitoria. Aquella manera suya de no hacer nada siempre había exigido bastante actividad.

Calculó distancias, preguntó cuándo había utilizado yo por última vez el servicio ferroviario hacia el continente y se interesó por un enlace que no conocía. Mientras hablaba, mantenía un dedo sobre Vitoria y con la otra mano buscaba ya un lápiz entre los papeles. Seguía siendo el mismo hombre flaco con ropa de campesino, el mismo reumatismo y las mismas arrugas, pero había acercado una silla a la mía y volvía a hablarme sin esperar a que terminara de responder. Reconocí aquella impaciencia y dejé que me interrumpiera.

—Va a ir.

Holmes aseguró que todavía no había decidido nada. Le recordé que ya había localizado la ciudad, calculado la ruta y preguntado por los trenes, y que además había dejado de hablar de abejas.

Eso lo hizo callar. Volvió a coger el telegrama y dijo que había algo más. Una niña de doce años acababa de quedarse sola, ninguno de los adultos que la rodeaban la creía y, por alguna razón, había decidido acudir a un hombre que vivía a centenares de millas y del que ni siquiera sabía si continuaba respirando. Para llegar hasta él habría tenido que buscar su nombre, averiguar dónde enviar el mensaje, conseguir dinero y convencer a alguien de que lo transmitiera.

—Puede estar equivocada sobre su madre —dijo—. Pero no parece una niña que se equivoque por pereza.

—Eso ya suena más a usted.

—No abuse.

Guardó el telegrama en el bolsillo interior de la chaqueta y miró hacia su propio aspecto como si acabara de descubrir que llevaba varios años vestido de aquella manera.

—Supongo que necesitará un traje.

—Dos.

—Eso parece una decisión bastante geográfica.

Me ignoró y comenzó a subir las escaleras. En el tercer peldaño se detuvo, aunque esta vez no fue por la rodilla, y me pidió que avisara en casa de que estaríamos fuera unos días.

—Una semana, como mucho —añadió.

Le pregunté cómo podía saberlo sin conocer aún el caso. Reconoció que no podía; si necesitábamos más tiempo, enviaríamos otro telegrama desde Vitoria. Quise saber también qué explicación debía dar.

—Diga que una niña de doce años solicita una segunda opinión.

—Eso suele decirse de los médicos.

—Precisamente por eso he pensado en usted.

Continuó subiendo. Yo me quedé junto a la mesa preguntándome quién demonios sería Lucie Morel, qué había ocurrido en aquella ciudad española y qué podía haber visto una niña que todos los demás se negaban a ver. Arriba se oyó abrir un armario y después la voz de Holmes.

—Watson.

Le pregunté qué ocurría ahora. Quería que enviara también un telegrama, esta vez a la señorita Morel.

—¿Qué quiere que diga?

Holmes tardó apenas un instante.

—Que Sherlock Holmes sigue vivo.



2

—¿Monsieur Arregui?

El empleado que revisa mi billete en la estación pronuncia mi apellido con cierta dificultad. Le confirmo que soy Julián Arregui y, cuando me pregunta si llevo equipaje en el furgón, le respondo que no, sin tener que pedirle que repita.

Aquello me produce una satisfacción bastante mayor de la que merece. Durante los meses anteriores, cada vez que mi padre ha preguntado cuánto va a costar exactamente esta aventura, yo he incluido entre sus beneficios el perfeccionamiento del francés. Pintar en París puede parecerle una extravagancia; aprender idiomas pertenece, en cambio, al terreno de las cosas serias, de modo que el francés ha terminado financiando una parte considerable de mi vocación artística. Mi madre incluso ha repetido el argumento a algunas visitas, como si yo me marchara a Francia principalmente para mejorar la conversación. Ahora estoy aquí, con la maleta a mis pies, la caja de pinturas bajo el brazo y cientos de personas hablando a mi alrededor un francés que no tiene demasiado interés en parecerse al que me

han enseñado, y me siento absurdamente satisfecho de haber entendido a un empleado que probablemente no recordará mi cara cinco minutos después.

He pronunciado la palabra París tantas veces durante el último año que me cuesta aceptar que sea simplemente un lugar al que pueda llegarse en tren. Hasta ahora ha estado hecha de reproducciones, revistas, nombres de pintores y relatos de personas que han pasado aquí unos meses, además de otras que no han venido nunca pero hablan de la ciudad con todavía mayor autoridad. Aquí están los talleres, las exposiciones y los cafés donde se discute de pintura como si realmente importara. También me he imaginado entrando en ellos y siendo admitido con la naturalidad de quien pertenece a esos lugares. La estación, sin embargo, está llena de viajeros, carros, humo y silbatos, y a ninguno parece interesarle que Julián Arregui haya llegado por fin a París.

El segundo francés con el que hablo es un mozo que quiere cobrarme dos francos por llevar la maleta y la caja de pinturas hasta la salida. Antes de mencionar el precio, advierte que estoy contemplando la gran bóveda y el reloj de la estación.

—La construyeron para la Exposición Universal de 1900 —dice—. Han pasado diez años y los recién llegados todavía se quedan mirando hacia arriba.

Le pregunto por una marca oscura que recorre la parte baja de uno de los muros. El mozo la observa con bastante menos interés.

—El Sena. En enero entró en las vías. Durante unos días tuvimos un puerto con reloj en lugar de una estación.

No sé si exagera, pero entiendo lo suficiente para reírme en el momento adecuado. Después dice algo tan deprisa que no comprendo una palabra. Le pido que hable más despacio y repite exactamente lo mismo, solo que gritando. Las clases han servido, pero al parecer París no está obligado a respetar el programa. Acabo pagando franco y medio después de una discusión en la que empleo aproximadamente la mitad de mi vocabulario y él una cantidad considerablemente mayor. Me quedo con la sospecha de que habría aceptado un franco, aunque haber regateado con un parisino antes de abandonar la estación me permite contarme el episodio como una pequeña victoria.

En cuanto salgo, no sé hacia dónde mirar. Hay carruajes, automóviles, tranvías, escaparates y una corriente de gente que me obliga a apartarme si quiero quedarme quieto. El aire huele a carbón, humedad, caballos y comida. En los charcos, las fachadas se deshacen bajo las ruedas y vuelven a juntarse antes de que consiga decidir con qué colores las pintaría. Había imaginado París más limpio, quizá porque las reproducciones no huelen a nada, pero aquello me gusta más. Todo se mueve y tengo la sensación de haber llegado tarde a una conversación que lleva años celebrándose.

También me gusta que nadie sepa quién soy. En Vitoria puedo encontrar en la misma calle a alguien que conozca a mi padre, a uno de mis profesores o a Mercedes. Aquí nadie sabe cómo me apellido ni si pinto bien o mal. La caja bajo mi brazo podría pertenecer a un hombre que hubiera pintado obras magníficas y nadie tiene motivos para suponer lo contrario. Descubro que no la llevo del modo más cómodo, sino un poco apartada del cuerpo para que se vea mejor: un joven desorientado es solo eso; con una caja de pinturas puede ser un artista recién llegado.

Llevo en el bolsillo dos cartas de presentación, una de Ignacio Díaz de Olano y otra de Fernando de Amárica. En Vitoria aquellos nombres me parecían capaces de abrir cualquier puerta relacionada con la pintura; aquí empiezo a sospechar que habrá que llamar a muchas antes de comprobarlo. La dificultad me parece incluso apropiada: ningún pintor al que merezca la pena conocer debería ser recibido con demasiada facilidad.

Dejo la maleta en una pensión. La habitación es pequeña y su ventana da a una pared bastante menos parisina de lo que esperaba. Sobre la cama deposito una carta de mi madre y otra de Mercedes, ambas todavía cerradas. Podría leerlas y escribir para decir que he llegado bien, pero llevo demasiado poco tiempo aquí para permitir que Vitoria vuelva a entrar. Me lavo la cara, me arreglo el cuello y me veo en el espejo con la caja bajo el brazo. La figura se parece bastante a la que había imaginado, de modo que cierro la puerta antes de que la habitación pueda contradecirme.

Camino sin rumbo y me detengo ante escaparates llenos de tubos, pinceles y papeles que podría comprar en España pero que aquí parecen distintos. Veo estudiantes con carpetas, hombres cargando lienzos, una muchacha que transporta una tela

casi tan alta como ella y un joven con un caballete al hombro. Me fijo en sus chaquetas y en la indiferencia con que atraviesan la calle, como si todo les perteneciera.

El primer destinatario de las cartas no está en su estudio. El segundo resulta más difícil de encontrar: recorro dos veces la misma calle y descubro que llevo varios minutos pasando por delante del portal. Subo una escalera estrecha, espero antes de llamar para que no se note que me falta el aire y entrego la carta de Amárica con la sensación de que ahora sí va a empezar algo.

El hombre lee la carta, me pregunta dónde he estudiado y cuánto tiempo pienso permanecer en París. Espero que me pida ver mis trabajos, pero me recomienda una academia donde podré trabajar dibujo del natural. Le explico que ya he estudiado dibujo y responde que precisamente por eso me conviene seguir estudiándolo. Asiento, agradezco el consejo y salgo procurando que no advierta mi irritación. Ni siquiera me ha preguntado dónde puede ver mis trabajos: podría haberlos rechazado, pero ha hecho algo peor al no concederles el derecho a ser rechazados.

La irritación me dura hasta que vuelvo a la calle y recuerdo dónde estoy. Ese hombre no ha querido ver mis cuadros, pero los verá otro; hay demasiados talleres y galerías para que una sola puerta cerrada parezca una derrota. Empiezo además a sospechar que las recomendaciones que llevamos desde provincias deben de llegar en cantidades suficientes para empapelar varias habitaciones. Me hace gracia imaginar a mi padre convencido de que la carta de Amárica bastaría para que media pintura francesa me esperase, aunque durante el viaje yo haya creído casi lo mismo.

La tarde avanza entre pequeñas decepciones que París borra antes de que pueda concederles demasiada importancia. En una tienda tengo que recordar cuánto dinero llevo para no comprar pigmentos que no necesito. Entro después en una galería donde nadie me pregunta quién soy. Un rostro está dividido en planos angulosos; en la tela vecina, la sombra de una mujer es verde y el color de su vestido invade la pared. Recuerdo los paisajes de Amárica, capaz de transformar una misma plaza al cambiar la luz, pero aquellos pintores parecen dispuestos a alterar también las formas. Me acerco y retrocedo sin decidir si han visto algo que yo no alcanzo o si se permiten errores que

a mí me habrían obligado a empezar de nuevo. Hay dos lienzos que me parecen francamente malos y salgo animado, porque, si han encontrado una pared en París, no veo por qué los míos han de regresar a Vitoria.

A medida que pasan las horas camino más deprisa, con hambre y dolor en el hombro. No quiero regresar todavía a la pensión: París empieza a parecerme una prueba de resistencia, y resistir es algo que comprendo mejor que esperar a que una puerta se abra.

Empiezo a pensar que puedo quedarme más tiempo del previsto. He dicho en casa que serán unos meses, pero solo necesito gastar menos, encontrar dónde trabajar y conseguir que alguien mire mis cuadros durante más de cinco minutos. Me imagino un estudio con una ventana grande, aunque no puedo pagarlo, y escribiendo a casa para decir que aún no sé cuándo regresaré. Mercedes se enfadará un poco; mi padre dirá que era de esperar y mi madre se preocupará por cosas que todavía no han ocurrido. Todo queda muy lejos mientras camino.

Al llegar a Montparnasse empiezan a encenderse las luces y reconozco nombres antes que lugares. He oído hablar tanto de aquellos cafés que verlos ocupando una esquina resulta extraño. Esperaba alguna ceremonia y encuentro camareros, hombres apoyados en las mesas y mujeres que entran solas sin que nadie lo considere extraordinario. En una terraza dos personas discuten delante de un dibujo; más adelante, un hombre con una carpeta habla con una mujer que fuma. No sé cuántos son realmente artistas y la duda me tranquiliza: quizá para empezar baste con entrar, sentarse y aprender a no parecer recién llegado.

Entro en el Dôme porque volver a la pensión sin haberlo pisado sería desperdiciar el día. Dentro, el olor a tabaco se mezcla con el café, el vino y la ropa húmeda. Se habla francés, alemán y otras lenguas que no reconozco. Algunos hombres discuten con la convicción de que la pintura europea puede hundirse si permiten terminar una frase al de enfrente. Veo carpetas y cuadernos sobre las mesas y creo reconocer a dos personas cuyos retratos han aparecido en revistas, hasta que comprendo que probablemente ninguna sea quien imagino.

Apoyo la caja junto a la silla, orientada hacia el salón y suficientemente visible sin que parezca deliberado. Durante todo el

día me ha encantado que nadie supiera quién soy; en el Dôme empiezo a desear que alguien pueda mirarme y pensar que tengo derecho a sentarme entre aquella gente. Pido un periódico que apenas leo y adopto la expresión de quien espera a una persona importante. Nadie parece advertirlo, quizá porque los demás están demasiado ocupados representándose a sí mismos para atender a mi representación.

Es entonces cuando veo acercarse a una muchacha con una bandeja. Es baja y delgada; lleva un vestido oscuro, delantal y el largo cabello rubio recogido sin demasiado cuidado. Algunos mechones le caen junto a la cara. De lejos tiene algo de muñeca de porcelana, una impresión que desaparece en cuanto la veo abrirse paso entre las mesas, apartar una copa y responder a un hombre que intenta entretenerla. Se ríe y continúa caminando antes de que él pueda creer que la ha retenido. Todo el día he ido cargado con una maleta, una caja, dos cartas y varios planes; ella lleva seis copas en una bandeja y, sin embargo, parece no pesarle nada. La miro porque es guapa, pero sigo mirándola por la facilidad con que atraviesa aquel ruido: el café parece apartarse lo justo para dejarla pasar.

Cuando llega a mi mesa me pregunta qué quiero y descubro que llevo varios minutos sentado sin haber decidido qué pedir. Busco la pizarra detrás de la barra y elijo uno de los vinos. Ella sigue la dirección de mis ojos antes de decirme que es el más caro. Vuelvo a mirar el precio, aunque ya es demasiado tarde para rectificar con dignidad.

—Entonces será bueno.

—No necesariamente.

Sonríe y durante un momento no sé si se burla de mí o simplemente le hace gracia que acabe de llegar. Antes de alejarse, señala con la barbilla la caja apoyada junto a mi silla.

—Ahí se ve muy bien, pero el primer borracho que tropiece se la llenará de vino.

La aparto de inmediato y la coloco junto a la pared. Ella espera a que termine, todavía con la sonrisa en los ojos, y comprendo que ha adivinado por qué estaba situada de aquella manera. Me pregunta si soy español. Le respondo que vasco y quiere saber si es diferente.

—Sí.

—¿Mucho?

No esperaba que siguiera preguntando. Le contesto que lo suficiente y ella inclina la cabeza, como si examinara la respuesta del mismo modo que ha examinado mi caja. Siento que podría haber dicho algo mejor y me molesta que eso me importe. Quiero que aquella muchacha se quede unos segundos más.

Cuando va a marcharse dice, con un castellano cuidadosamente pronunciado, «Buenas tardes, señor». Me sorprende lo suficiente para que lo note. Le pregunto si habla español y responde que muy poco; sabe decir «buenas tardes», «gracias» y «pintor». Al pronunciar la última palabra mira otra vez la caja, ahora protegida junto a la pared.

—Tres palabras muy útiles —digo.

—Aquí, bastante. La tercera es la que más emplean quienes todavía no han vendido un cuadro.

Se aleja antes de que pueda decidir si me ha incluido entre ellos. La sigo con los ojos mientras cruza el café, deja dos copas, recoge un cenicero y se detiene un instante junto a una mesa para contemplar algo que un hombre ha garabateado en el margen de un periódico. No elogia el dibujo ni se burla; lo gira hacia la luz, dice unas palabras y continúa trabajando. El hombre lo mira de nuevo cuando ella se marcha.

Cuando comprendo que llevo demasiado tiempo observándola, saco el cuaderno y empiezo a dibujar a un hombre que lee el periódico en la mesa de enfrente. No me interesa especialmente su cara, pero necesito hacer algo con las manos y prefiero que, si la muchacha vuelve a mirar hacia aquí, no me encuentre limitado a beber el vino más caro. El hombre mantiene una postura incómoda, con un brazo adelantado sobre la mesa, y empiezo por ahí. Durante los primeros trazos sigo pendiente del salón; después el lápiz encuentra la inclinación del hombro, el borde del periódico y la sombra bajo la muñeca, y durante unos minutos olvido casi por completo dónde estoy. Esa concentración es una de las pocas cosas que siempre consigo reconocer. Al levantar la cabeza, el ruido ha vuelto a rodearme y el hombre continúa en la misma postura, aunque ahora sé que mueve un pie bajo la mesa.

La muchacha regresa con el vino, deja la copa, apoya la bandeja en el borde de la mesa y se inclina sobre mi cuaderno. Mira primero el papel, luego al hombre, y no se marcha.

—La mano está demasiado lejos.

Le explico que el brazo está adelantado, pero ella vuelve a mirar al modelo.

—La manga sí. La mano no.

Compruebo la línea. Tiene razón, y me molesta que haya encontrado tan deprisa un error que yo no había visto.

—Al menos sabes reconocerlo.

—¿El qué?

—Que me he dado cuenta antes que tú.

—No he dicho que tengas razón.

—No hace falta. Ya estás mirando otra vez la mano.

Me hace gracia que haya descubierto mi orgullo con tanta facilidad. Ella señala de nuevo al hombre del periódico.

—Además, no está leyendo.

—Lleva el periódico delante.

—Y lleva diez minutos mirando la puerta por encima de él.

El hombre alza los ojos cuando alguien entra, vuelve a bajarlos y deja el periódico descansando sobre los dedos. En mi dibujo parece concentrado en la lectura. La muchacha acerca la uña a la mano que he trazado.

—Si la baja, el brazo dejará de sobrarle.

Empiezo a borrar. Ella me pide el lápiz y, cuando voy a entregárselo, lo sujeta por el otro extremo sin tirar. Durante un instante ninguno lo suelta.

Me río. Ella también, aunque no baja los ojos hacia el cuaderno hasta que lo hago yo. Con dos trazos corrige la mano y afloja los dedos; con otro abre un espacio sobre el periódico por donde asoman los ojos. Tiene razón, naturalmente, pero ya no me importa demasiado.

Seguimos inclinados sobre el cuaderno. Su hombro roza el mío y noto su calor a través de la camisa. No lleva perfume: huele a jabón y a un rastro de trementina que reconozco enseguida.

—Ahora parece que espera a alguien —digo.

—Eso es lo que hace.

—¿Y tú a quién esperas?

La muchacha levanta la cabeza. Me mira un instante, sin retirar todavía la mano del papel.

—A que termines de estropear el dibujo. Tengo otras mesas.

Se incorpora, pero deja el lápiz junto a mi mano en lugar de llevárselo. El hombre del papel ha dejado de leer y ahora espera a alguien.

—¿Así?

La muchacha mira al modelo y luego mi dibujo.

—Mejor.

No me gusta lo satisfecho que me deja aquella palabra. Le pregunto si dibuja y niega ligeramente con la cabeza.

—Más bien pinto. También poso, cuando pagan.

Lo dice sin bajar la voz ni adoptar la modestia con que algunas señoritas de Vitoria confiesan que pintan flores. Tampoco parece esperar que la palabra la convierta en nada distinto de lo que era un instante antes. Yo llevo todo el día deseando que alguien adivine que soy pintor; ella lo menciona como podría mencionar el barrio donde vive y vuelve a mirar la puerta porque el hombre del periódico acaba de ponerse en pie. Una mujer entra, él deja caer el diario sobre la mesa y su espalda cambia de forma antes de que su cara llegue a sonreír. La muchacha lo ve y se vuelve hacia mí, divertida, como si ambos acabáramos de asistir a la confirmación de algo que solo ella sabía.

—Ya puede terminarlo —dice.

—Se ha movido.

—Las personas hacen eso.

Coge la bandeja y parece dispuesta a marcharse. No quiero que vuelva a alejarse sin que sepa al menos quién soy, y me sorprende descubrir hasta qué punto me importa pronunciar mi nombre delante de alguien que no conoce ninguna de las personas que podrían respaldarlo.

—Me llamo Julián Arregui.

Repite el apellido despacio, atendiendo más al sonido que a cualquier posible importancia.

—¿Arregui?

—Arregui.

—Es difícil.

—Acabarás aprendiendo.

La seguridad con la que lo digo la hace sonreír.

—¿Vas a volver?

La pregunta me sorprende. Durante todo el día he buscado un lugar al que pertenecer y ahora una camarera me pregunta si pienso regresar a su café.

—Probablemente.

—Entonces tendré ocasión de practicar.

Ya ha dado un paso cuando le pregunto cómo se llama. Se detiene, se vuelve hacia mí y durante un instante parece considerar si tiene algún motivo para decírmelo. La bandeja permanece inclinada sobre una mano con un equilibrio que yo no sabría mantener ni con las dos.

—Élise. Élise Morel.



3

Los adultos empezaron a hablar más despacio desde que murió mi madre, hacía cuatro días, como si además de quedarme sin ella me hubiera vuelto tonta. Delante de mí bajaban la voz, escogían palabras fáciles y se miraban antes de contestar, una costumbre bastante irritante porque permitía saber exactamente cuándo estaban a punto de mentir. También habían empezado a llamarme «la niña» aunque estuviera sentada en la misma habitación. La niña necesita descansar. La niña está confundida. La niña ha sufrido una impresión muy fuerte. Yo me llamaba Lucie, tenía doce años y entendía casi todo lo que decían. Lo que no entendía procuraba recordarlo para preguntarlo después.

Aquella mañana estaba en la biblioteca de la Escuela de Artes y Oficios con un libro abierto delante y llevaba diez minutos leyendo la misma página. Mamá había trabajado allí dando clases de francés y yo había pasado muchas tardes esperándola mientras enseñaba, así que conocía qué sillas cojeaban, qué ventana no cerraba bien en invierno y en qué estante estaban los libros que nadie pedía nunca.

Desde que había muerto ya no dormía en nuestra casa. Me habían llevado al Asilo Provincial de Santa María de las Nieves y cada noche me acostaba en una cama que no era la mía, rodeada de niñas que procuraban no mirarme demasiado porque todas sabían por qué estaba allí. Durante el día siempre había alguien encargado de comprobar que yo siguiera en alguna parte. Aquella mañana era la señora que se ocupaba de vigilarme en la biblioteca. De vez en cuando levantaba la vista desde sus papeles, comprobaba que seguía allí y volvía a su trabajo. Hasta para buscar otro libro tenía que avisar, aunque desde su mesa podía verme.

No me molestaba estar allí. Entre aquellos estantes había encontrado meses antes las historias del señor Sherlock Holmes.

No sabía si existía de verdad cuando empecé a leerlas. Watson decía que sí, naturalmente, pero los escritores dicen muchas cosas y uno no puede estar preguntando continuamente. Después encontré su nombre en otros sitios y pregunté a un profesor que había vivido algún tiempo en Inglaterra. Me dijo que Holmes había existido, que quizá todavía viviera y que se había retirado hacía muchos años. No supo decirme dónde. Otro hombre aseguró que había muerto. Un tercero dijo que seguramente también Watson estaba muerto, afirmación que no ayudaba en absoluto.

Por eso había escrito «si usted sigue vivo» en el telegrama, no por ser descortés, sino porque necesitaba saberlo.

Para enviarlo había tenido que escaparme del Asilo. Esperé a que nadie me mirara, salí por una puerta que había visto usar a las mujeres que trabajaban allí y caminé hasta Telégrafos procurando no correr, porque correr siempre hace que los adultos se fijen en una niña.

El empleado sí creyó que estaba siendo descortés. Leyó el mensaje dos veces y quiso saber si estaba segura de enviarlo así. Después preguntó quién era Sherlock Holmes. Le expliqué que un detective inglés. Eso le hizo gracia. Quiso saber si era amigo de mi familia y, cuando le dije que no, preguntó por qué iba a venir desde Inglaterra. Le contesté que porque nadie en Vitoria me creía. Entonces dejó de sonreír. Cuando me pidió la dirección, le dije que Holmes vivía en una granja de Sussex, a cinco millas de Eastbourne. Quiso saber la calle y el número. Le expliqué que el doctor Watson no se había molestado en escribirlos, a pesar

de haber publicado un montón de historias sobre su amigo. El empleado dijo que aquello no era una dirección.

—En Eastbourne seguro que lo conocen —le dije—. Si hasta yo sé quién es y vivo en Vitoria, que está mucho más lejos.

No pareció convencido.

—Puede poner que tiene abejas —añadí—. Así no lo confundirán con otro Sherlock Holmes.

Me miró como si las abejas fueran todavía más difíciles de encontrar que el detective. Al final aceptó intentarlo, aunque me advirtió que no podía garantizar que el telegrama llegase. Le dije que lo comprendía. Lo que no comprendía era para qué servía hacerse famoso si después nadie era capaz de encontrarte. Calculó el precio y dijo que faltaba dinero. Tuve que quitar tres palabras que no eran necesarias. Todavía me molestaba no recordar cuáles.

Habían pasado dos días desde entonces y no había recibido respuesta. La regañina por haberme escapado del Asilo sí había llegado enseguida. Me dijeron que aquello no podía volver a ocurrir, que no podía salir sola y que había preocupado a todo el mundo, aunque nadie me preguntó por qué lo había hecho.

Empezaba a pensar que quizá el hombre que decía que Holmes había muerto tuviera razón. También podía ocurrir que estuviera vivo y no quisiera venir, posibilidad que me gustaba bastante menos. En los libros siempre acudía cuando alguien le presentaba un problema interesante, pero los libros terminaban justo cuando terminaba el caso y nunca contaban qué hacía el señor Holmes cuando estaba cansado, enfermo o simplemente no le apetecía salvar a nadie.

Watson tampoco decía cuánto costaba contratarlo. Yo había pensado en aquello después de enviar el telegrama. Me quedaban algunas monedas y un broche de mamá que no era muy bonito, pero seguramente valía algo. Si Holmes pedía demasiado dinero tendría que convencerlo.

Cerré el libro sin haber pasado de página. Encima de la mesa seguía viendo el cuadro aunque el cuadro no estuviera allí. Podía recordarlo perfectamente porque había pasado varias tardes sentada delante de Julián mientras lo pintaba.

Me hacía colocar junto a una ventana de su estudio y luego tardaba mucho en decidir qué hacer con mis manos. Al principio quiso que sostuviera un libro. Después dijo que parecía

una señorita en una fotografía de colegio y me lo quitó. Otro día probó con una flor y también terminó retirándola.

—No sé qué hacer contigo —había dicho.

Yo le contesté que el problema era suyo porque él era el pintor. Se rio y me pidió que dejara de hablar durante cinco minutos, petición bastante absurda porque precisamente cuando hablaba era cuando dejaba de moverme.

Por eso sabía que aquel retrato era suyo. No porque reconociera la pincelada, ni los colores, ni ninguna de las cosas que los mayores empezaban a explicar cuando querían demostrar que sabían de pintura. Lo sabía porque había estado allí.

Recordaba la ventana, el olor del aceite, una mancha verde que Julián llevaba en el puño de la camisa y el dolor que me entró en la espalda el segundo día porque no me dejaba cambiar de postura. También recordaba que había pintado dos veces mi oreja izquierda porque la primera, según dijo, parecía prestada de otra persona.

Podían preguntarme cien veces si estaba segura: yo había visto nacer aquel cuadro, y el cuadro estaba en casa cuando murió mamá. Eso era lo que nadie quería entender.

Cuando preguntaron a Julián, reconoció que me había pintado. Dijo que había hecho dibujos y empezado un retrato conmigo en su estudio. Después miró el cuadro de la pared y aseguró que aquel no era el suyo.

Yo estaba allí cuando lo dijo. Primero miró la tela y después me miró a mí. No se sorprendió al verla en nuestra casa ni preguntó quién la había llevado. Simplemente dijo que debía de confundirme.

Uno de los hombres presentes me preguntó entonces si quizá mamá había pintado otro retrato parecido. Le contesté que no. Insistió en que los pintores podían hacer cuadros semejantes y que una niña podía confundirlos. Julián no dijo nada. Aquello fue peor.

Yo había pasado cinco tardes delante de aquel cuadro. Si Julián hubiera explicado cómo había llegado allí, quizá habría entendido algo. Pero dejó que un adulto me explicara que yo podía estar equivocada mientras él miraba el suelo.

No sabía si mentir significaba matar a alguien. Probablemente no. En las historias de Holmes todo el mundo mentía continuamente y solo uno solía ser el asesino. Quería saber qué

escondía Julián y por qué no podía reconocer un cuadro que me había pintado él.

La puerta de la biblioteca se abrió y levanté la cabeza. Entró el mismo empleado que había visto otras veces llevar comunicaciones a la Escuela. Habló primero con la mujer que me vigilaba. Ella me miró y él también.

Reconocí el sobre antes de que ninguno dijera nada y me puse de pie tan deprisa que la silla cayó hacia atrás.

—¿Es para mí?

La mujer recogió la silla y me pidió tranquilidad, otra de las palabras que los adultos empleaban mucho desde que mamá había muerto.

El empleado leyó mi nombre.

—Soy yo.

Me entregó el telegrama y no quise abrirlo delante de ellos, pero tampoco fui capaz de esperar. Rasgué el papel por un lado y tuve que hacerlo otra vez porque me temblaban las manos. Había muy pocas palabras. Las leí una vez y luego otra, igual que había hecho con aquella página del libro durante toda la mañana.

SHERLOCK HOLMES SIGUE VIVO.

Agur,
Sherlock Holmes

Iñaki Larrimbe

Información y reservas

Consulta la edición de la novela y solicita la reserva de un ejemplar en Zas Editorial.

Disponible en abril de 2027.

La cubierta, las ilustraciones y la maquetación de este adelanto son provisionales.

zaskultur.com/editorial/